



## **A Fernando Velarde**

**Juan León Mera**

A su paso por Ambato.

I

¿Qué misteriosa magia, dulcísimo poeta,  
se encierra en tu inflamado y hermoso corazón,  
que el mío deleitando le atrae, le sujeta,  
y al par le comunica su fuego abrasador?

¿Por qué del alma tuya la mía aficionada  
quisiera a sus destinos los suyos aunar,  
y en su delirio insano verse a la vez lanzada  
en pos de los portentos del gran Pachacamac?

¿Será que ha dado a entrambos su sabia Providencia  
idénticas las almas, el corazón igual?  
¿Será que has recibido la vívida influencia  
cual yo del inti sacro, cual yo de la deidad?

¿Será que ha dado a entrambos su sabia?  
¿Será tal vez que gimes, cual he gemido yo?...  
Tal vez en nuestras almas el cielo habrá infundido

iguales sentimientos, idéntico dolor?...

Por eso a ti me atrajo la tierna simpatía,  
apenas en mi oído tu nombre resonó;  
por eso de tus versos la célica armonía,  
las fibras más sensibles me hirió del corazón.

¡Oh, cuánto diera, vate de tiernos sentimientos,  
por escuchar tu canto sublime junto, a ti!  
¡Por exhalar osado contigo mis acentos,  
sintiendo en entusiasmo mi corazón hervir!

## II

Mas de la patria de Hualpa,  
ya, Fernando, te despides;  
y a pasos rápidos mides  
la tortuosa vía real.

Ya has dejado a tus espaldas  
el Cotopaxi espantoso,  
de los Andes el coloso,  
el mustio y raso arenal.

Y bien pronto, hijo de Iberia,  
henderás el turbio Guayas,  
y de Olmedo allá en sus playas  
la Patria saludarás.

¿Y después? ¡lanzado  
en el piélagos tremendo,  
de tu destino siguiendo  
ciego las huellas irás.

Y las hondas del océano  
imagen de nuestra vida,  
de hondura desconocida  
trasunto del porvenir;

y ese azul inmensurable,  
como del hombre el deseo,  
que audaz en su devaneo  
quisiera el vate medir;

esas trémulas estrellas  
vírgenes del cielo hermosas,  
esas nubes vagarosas  
que en lontananza se ven...

Todo, todo a tu alma ardiente  
dará mil inspiraciones,  
y acaso mil ilusiones,  
y nuevo amor, nueva fe...

Marcha, bardo errante, marcha,  
sigue tu hermoso destino,  
y tu canto peregrino  
haz donde quiera escuchar.

Y si un mundo no te basta  
para ensanchar tu poesía,  
en tu ardiente fantasía  
vuela otro mundo a buscar.

Pachacamac te proteja  
y te dé un ángel amigo,  
que vaya siempre contigo  
y vele siempre por ti.

La madre luna no altere  
ni el inti los hondos mares,  
cuando por ellos cruzares  
este mundo baladí.

Entre tanto en las orillas  
de mi torrentoso río,  
levantaré el canto mío  
al blando son del laúd;

y entre mis índicas trovas  
conservaré tu memoria

como una prenda de gloria  
que adquirí en mi juventud.

21 de Noviembre de 1855

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

